

palmera cuyas raíces indican humedad, el oasis de algún verdor y de algún pasto, el manantial, todo cuanto indica follaje y agua, todo lo transporta de un mundo á otro mundo y los absorbe y los extasía en verdaderas contemplaciones poéticas. Así Agar se salvó por la fuente, por el peregrino, por el oasis. Y en el oasis fué su hijo grande arquero, y su familia y su posteridad el árabe. De Abraham saldrán los dos ramajes del tronco semítico. Llamarse uno de ellos Ismael, ó sea taciturno; llamarse otro Isaac, ó sea risueño. Del taciturno descenderá directamente aquella grande familia que denominamos árabe, de color atezado, de barba lustrosa y puntiaguda, los ojos negros y profundos, la nariz larga y escultórica, el apuesto porte, la cual familia dejará en los aires sus ideas monoteistas y sus melancólicos cantares, mientras de Isaac saldrá el sirio riente, risueño, locuaz, ligero, fácil á todas las emociones, idóneo para la superstición, movedido y cambiante, pero sobre cuya movible alma impondrá la vocación de Abraham, y su firme creencia y su absoluta confianza en Dios, una fe que habrá de resultar perdurable y habrá de distinguir por su tenacidad inflexible y por su duración secular á los israelitas entre todas las razas del planeta. A la verdad, en Isaac y en Jacob su hijo se descubren todas aquellas faltas encontradas de an-

tiguo por los escritores griegos y romanos en el asiático, y entre los asiáticos en el sirio. Nadie tan fino como ellos, nadie tan diestro, nadie tan engañador, nadie tan curado de espantos y escrúpulos ni tan amigo de la victoria. Pero bajo todas estas inclinaciones queda un fondo puesto allí por la idea invariable de Abraham, por la idea monoteista. Las gentes de Ismael, colocadas entre la baja Caldea y el Egipto, sitio donde las habían llevado la desgracia y proscripción de Agar, empezarán por establecer entre aquellas regiones un gran comercio de productos, como gomas, ámbares, inciensos, mirras, y concluirán por establecer otro gran comercio de ideas en una religión, la cual pasará, ni más ni menos que hizo Abraham, desde aquel sabeismo, adoración de la luz creada y material, á ese monoteismo, adoración de la luz increada, inmaterial, etérea, ó sea verdaderamente adoración de Dios. Todo esto puede un hombre que, habiendo alcanzado, bien como unos quieren por interiores revelaciones, bien como quieren otros por revelaciones sobrenaturales, una idea metafísica, cual Abraham, la guarda y la conserva en su vida nómada, entre gentes diversas, desde Caldea á Palestina, lo mismo bajo la pobre monarquía de Abimelech que bajo el grande imperio de Faraón, levantando un santuario portátil como aquella su tribu errante, pero guarecido

bajo el dosel de los cielos primero, y después bajo las resistentes y voladoras alas de su inmenso espíritu. Y para colmo de todos sus deseos, y para término y corona de su vida, la mujer á quien escogiera por esposa y le acompañara desde Caldea, le da un hijo, el cual nace en Palestina, y que, separándose por su nacimiento de todas los demás asiáticos, y por las disposiciones contra Ismael y Agar de todos los demás semitas, funda la religión del Dios que difundirá la futura civilización universal en el mundo.

La mayor felicidad que rematara el tercio último de su vida fué indudablemente aquel hijo, Isaac, en quien la esperanza perpetuaba ya su descendencia. Parece habérselo dado el Eterno cuando ya empezaba el errante á fijarse y á echar algunas raíces de consistencia y estabilidad en aquellos removidos suelos. Antes, obligado por mil agujoneos á levantar así la tienda reservada para su Dios como la tienda para sí, el hijo resultará, no un auxilio, un impedimento. Vino después de haber acrecentado Abraham su hacienda única, su hacienda mueble, con los presentes de Abimelech y de Faraón, como después de haber decidido detenerse y pararse allí sobre la tierra de Canaán, erigiendo bajo sus palmeras y sus terebintos verdadero santuario al Eterno. La perfecta mujer del nómada,

Sara, en sus viajes infatigable, dentro de su hogar hacendosa, lo bastante fuerte para defender en lo posible la pureza de su estirpe y sangre, además de lo bastante acomodaticia para conformarse con los harenes de los reyes y pedir hijos á las concubinas de su esposo, ha defendido junto á él y con él aquellas vidas suyas, ligadas con la salud esencial del género humano, y sin las cuales no hubiera podido fijarse jamás el puerto de la religión y de la moral, llamado tabernáculo hebreo, en medio del oleaje universal. Tiempos duros aquellos. La tierra no estaba tan removida como en los tiempos de Adán, Abel y Noé. La escena de nuestro espíritu se había, en último término, acomodado á él mucho más que allá en los siglos antediluvianos y diluvianos, en los que no podía el hombre fijar apenas su planta sobre hielos, y lavas, y aluviones, y terremotos, como si yaciera el globo nuestro presa de una epilepsia en los espacios. Pero la sociedad realmente padecía terribles achaques, como que pasábamos de los sacrificios humanos á sacrificios menos bárbaros. Nosotros, acostumbrados al holocausto diario de nuestra misa, donde solamente se ofrece á Dios la Hostia, en cuyas partículas se halla su Verbo, y la espiritualista libación del vino, apenas podemos representarnos en la mente los apartadísimos y bárbaros siglos en que una socie-

dad incipiente creía desagrar á sus dioses ofreciendo sobre aras parecidas á montes, compuestas de piedras ciclópeas enormes, humanas víctimas, inmoladas con cuchillos de pedernal ó de cualquiera otra piedra. Como en la serie universal de la vida resulta un progreso la reducción, tras las guerras, de los prisioneros, antes exterminados sin excepción, á servidumbre, resultan otro progreso las palomas ofrecidas en las bodas ó los corderos ofrecidos en las pascuas sobre los anteriores sacrificios, donde corría, vertida por manos sacerdotales, nuestra misma sangre. Los tiempos de Abraham eran tiempos de transición entre unos y otros holocaustos. Esta transición se halla muy admirablemente patentizada en el capítulo vigésimosegundo del Génesis, que refiere aquel sacrificio de Isaac tan grabado en la imaginación popular. Indudablemente los libros sacros, bajo cuya sencillez laten las más sublimes ideas, quieren mostrarnos cómo, de querer el Dios hebreo, continuaran en sus altares los sacrificios humanos en otros altares y á otros dioses ofrecidos por siglos de siglos. Así le dice al Patriarca, viéndole tan ufano con su hijo, que lo coja y lo lleve á tierra de Moriach, y allí, sobre la montaña, lo inmole. Ninguna objeción Abraham dirige á esta orden. Enalbarda su asno, llama varios criados y va de camino cortando leña para el ho-

locausto. Tres días con tres noches tardó en el viaje desde su hogar al sitio designado para la ceremonia. Y durante tres días no le conocieron cuantos le acompañaron alteración ninguna en el semblante ni balbuceo en el habla. El semita creía debido á Dios el sér engendrado por su amor, y no le demandaba cuentas, ni podía demandárselas, á quien tomaba lo suyo y disponía de la vida que gratuitamente concediera. Con voz entera y ánimo resuelto mandó á su acompañamiento que le aguardara, y él se dirigió con su hijo solo al sitio de la inmolación. Es más, puso el haz de leña con que debía él, sacrificador, abrasar y consumir la víctima, en las espaldas de éste, de su Isaac, próximo á sacrificado. Isaac echó de ver que no había por ninguna parte animal destinado para la ceremonia. Y de semejante falta, más que del paterno duelo, receló algo extraordinario y extraño, preguntando cómo no había en aquel espacio desierto ningún cordero apercebido al sacrificio. Y Abraham, con aquel disimulo empleado en todas las ocasiones de su vida, contestó que Dios proveería. Y se halló el ara designada, y sobre aquel ara puso Abraham la hoguera preparada para ser encendida, y sobre la hoguera su propio hijo, sin vacilaciones y sin perplejidades, hasta el extremo de que tendió la mano para coger el cuchillo, y entonces una fuerza, como

sobrenatural é incontrastable, lo detuvo. Entonces apareció un carnero con los cuernos enredados en las zarzas del monte como significando el tránsito de los sacrificios humanos á otros sacrificios menos horribles, merced á la vocación de Abraham y á las revelaciones de Jehovah. Y, sin embargo, la evolución humana resulta de tal increíble lentitud en la historia y el paso desde unas edades á otras edades tan difícil que, á pesar de esta simbólica narración, todavía renacen alguna que otra vez en el mismo pueblo judío los sacrificios humanos. Aunque Sara vivía en el tiempo de tal sacrificio, no se la menciona para nada. Sobre tal silencio hase dicho una sublime frase, que registran en sus anales gloriosos las letras europeas. Habíase muerto á una madre muy buena un hijo muy mozo. Llorábalo la pobre mujer como sólo saben llorar las madres. Un buen confesor, que la sostenía y auxiliaba, recordóle como Dios había pedido al padre Abraham su Isaac, y ella contestó: «¡Ah! Dios no hubiera jamás exigido semejante sacrificio del corazón de una madre.»

Un capítulo, subsiguiente al consagrado para conmemorar el sacrificio de Isaac, se consagra en la Biblia después al tránsito de Sara desde este mundo á otro. Con su muerte y entierro sucede una de las transformaciones más profundas que

llevan consigo la historia y la vida enteras del pueblo de Israel. Hallábase por aquel momento la tribu de Abraham en Hebrón. Su vida continuaba nómada y, por tanto, ajena de todo en todo á la propiedad territorial, donde se tienden y se arraigan las raíces de algunas evoluciones superiores al primitivo y patriarcal estado. Por la muerte de Sara se acerca la sociedad aquella nómada mucho á sociedad civil. Por la muerte de Sara una gran parte de la propiedad mueble que llevaba consigo el Patriarca siempre, se trueca en propiedad inmueble. Y en esta clase de propiedad ya descubrimos superiores zonas de las humanas sociedades, en cuyo seno pueden formarse organismos superiores también. De la sepultura surge un progreso, como de los surcos abiertos en la tierra y de las semillas frías brotan los árboles, con su incienso de vida, sus flores y sus frutos. De todo esto necesitaba el estado civil si había de sobreponerse al estado nómada. Plañeron las gentes de sus tribus la muerte de Sara con plañidos tantos, que partieran las piedras, de tener éstas, como los mortales, corazón y oído. Todos los que la siguieron en vida se mesaron los cabellos sobre su cadáver y pidieron al cielo, en gritos desaforados y con golpes de pecho tremendos, acompañarla en su postrera morada y en su último sueño. Abraham la lloró más

que todos; pero una vez recogido el aliento postrimero de ella, empleóse tan sólo en procurarle decente indispensable sepultura, donde pudieran habitar sus manes y recibir el recuerdo de su esposo con el de la familia sobreviviente. Así apártase del cadáver todavía caliente y corre á la plaza pública en demanda y requerimiento de un campo á que confiar el depósito de los sacratísimos restos. Puesto de pie, tendidas las manos adelante, revistiendo aquel sacerdotal carácter que recibiera de sus meditaciones y de sus años, dice á los hijos de aquella tribu de Hebrón, es decir, á los hijos del buen Heth, cómo, en su calidad conocidísima de nómada y extranjero, ha menester de todos ellos un generoso auxilio para enterrar á su esposa, pues también alcanza la hospitalidad á los muertos. Ofreciéronle sus oyentes las sepulturas de sus familias respectivas con aire muy sincero, mas como solemos nosotros ofrecer las casas en nuestras primeras visitas, por mero cumplimiento, cuando Abraham, cuya mano estuvo tendida siempre para pedir, no aceptó la oferta. Además, así como en vida separó Agar de Sara, é Ismael de Isaac, por su stirpe y origen egipcios, en muerte debía separar con más cuidado todavía los huesos fieles de los huesos infieles. Así pidió un campo que, de propiedad suya, le sirviese para enterrar á sus muertos. En un olivar, entre

cuyos olivos resaltaban varios terebintos, había una roca, y dentro de la roca, formada por los siglos, una de aquellas cavernas que sirvieran á los hombres prehistóricos de asilo y refugio en los comienzos del planeta. Pues aquel hueco pide Abraham para su cadáver. El caudillo sirio, que preside la grande Asamblea del pueblo, después de haber deliberado, dice con mucha solemnidad que la cede muy de grado y de balde. Pero Abraham, conociendo á la gente aquella de antiguo, sabe cómo el regalo significa la necesidad imprescindible de dar el tercio de su precio, y lo entrega. Por tanto, merced á la generosidad siria, entregó cuatrocientos siclos de plata. Y le dieron la gruta, viéndolo todos los hijos de Heth. Y allí enterró Abraham á Sara. Todavía existe mezquita renombrada en sitio tan ungido por la tradición. Pero el mahometismo la tiene cerrada herméticamente á nosotros los infieles, y el sitio donde recibió tierra el cuerpo de Sara se halla en manos de los descendientes de su rival Agar. Tamañas coincidencias enseña el tiempo á los mortales y tantas tragedias guarda en sus páginas la historia. Creo, pues, haber contado la vida y muerte de Sara.

---